

los poetas nuevos siguen las procesiones aldeanas, como Francis Jammes, con un cirio encendido. Dios se ha convertido en cuestión de última hora. Y el librepensador que comía cura en el desayuno, parecerá en breve un contemporáneo de la edad de las cavernas.

Es natural. Suprimida la duda metódica, se regresa a Canosa dulcemente. Esta juventud que juega *cricket* no tiene tiempo de discutir verdades teológicas: acepta en bloque los misterios y los dogmas como las reglas de un juego divino. El mozo linfático no será ya bachiller, pero tendrá formas de Apolo; no manejará el diccionario de la rima, sino el guante de badana para asestar un *uppercut*. Tal vez Francia en un día muy lejano no tenga Pablos Verlaine ni Anatolios France, pero en los concursos para campeón del mundo, los sucesores de Carpentier dejarán privado al inglés más bovino y al negro más orangután.

* * *

Trata **Jean de Gourmont** de **La Ordenación**, discutida novela de M. Benda:

La inteligencia, una vez aislada de la vida afectiva, no es más que una máquina para desmenuzar las ideas de los demás, pues todas las cosas, aun las ideas abstractas, entran en nuestro espíritu al través de los sentidos. M. Benda escribe que la sensibilidad es el verdugo de la idea. De modo que, según él, hay la vida intelectual y la vida afectiva, que no pueden mezclarse, y el trabajo del filósofo es una meditación cerrada. No, el verdadero filósofo no es el que se encierra en su biblioteca al abrigo de todo golpe afectivo, sino aquel que se ha dejado invadir por todas las curiosidades y todas las pasiones. Yo quisiera insistir de preferencia—y en oposición a la tesis de M. Benda,—sobre esa facultad de egoísmo que preserva a los hombres superiores de toda herida mortal o

aniquilante: jamás un hombre superior se ha sacrificado por un sentimiento, sino que se ha enriquecido a expensas del mismo. Puede, pues, contestarse a M. Benda que su pobre filósofo, por ser incapaz de egoísmo tampoco es digno de nuestro interés; hasta llegamos a despreciarlo un poco. Y nada nos importa que sacrifique su obra al cultivo de sus sentimientos: eso significa que su sentimentalidad es más fuerte que su intelecto. ¡Ah! ¡cuán ligera hubiera sido para un Goethe o para un Espinosa la enfermedad, y aun la muerte, de su mujer o de su hija! A buen seguro que hubieran filosofado con serenidad. Las obras más pujantes, Sr. Benda, no han sido compuestas con serenidad, sino más bien entre lágrimas, y a menudo también en mitad de la angustia de un amor o de un afecto doloroso. Basta citar a Pascal y recordar que Goethe durante su vida entera jugó a los juegos del sentimiento. Mas no olvidemos que M. Benda es de la raza de Espinosa, y que sin duda para los pensadores de dicha raza hay incompatibilidad entre las facultades intelectuales y las afectivas.

* * *

Aquí está un trozo de **José Francés** que firmaríamos con mucho gusto:

Recordando los títulos de obras anteriores de Miguel de Unamuno, no se recuerda de ninguno tan exacto, tan representativo, tan adaptable al temperamento y la literatura del rector de la Universidad salmantina, como el de su última colección de crónicas y críticas: **Contra esto y aquello**.

Efectivamente. Unamuno siempre escribe contra algo o contra alguien. Su prosa es de combate; sus ideas también. Hasta el extremo, que las ideas y la prosa de Unamuno, cuando no tienen enemigo exterior lo buscan y si no lo encuentran se pelean entre sí, y de ahí nacen las